

Filiación  
Cultura pagana, religión de Israel,  
orígenes del cristianismo

Filiación  
Cultura pagana, religión de Israel, orígenes del cristianismo

Actas de las I y II Jornadas de Estudio  
«La filiación en los inicios de la reflexión cristiana»

Juan José Ayán Calvo  
Patricio de Navascués Benlloch  
Manuel Aroztegui Esnaola  
(editores)

E D I T O R I A L T R O T T A

**COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS**  
**Serie Religión**

© Editorial Trotta, S.A., 2005  
Ferraz, 55. 28008 Madrid  
Teléfono: 91 543 03 61  
Fax: 91 543 14 88  
E-mail: [editorial@trotta.es](mailto:editorial@trotta.es)  
<http://www.trotta.es>

© Juan José Ayán Calvo,  
Patricio de Navascués Benloch,  
Manuel Aroztegui Esnaola, 2005

ISBN: 84-8164-800-0  
Depósito Legal: M-XXX-2005

Impresión  
Fernández Ciudad, S.L.

## CONTENIDO

Presentación: *Juan José Ayán Calvo* ..... 9

*Abreviaturas* ..... 15

### CULTURA PAGANA

La filiación en el pensamiento jurídico romano: *Juan Manuel Blanch Nougés* ..... 21

La teología medioplatónica: *Franco Ferrari* ..... 55

Filiación o generación en la Estoa antigua e imperial: *Francesca Alesse* . 73

Ser y/o llegar a ser «hijos» en la literatura del hermetismo filosófico: *Alberto Camplani* ..... 89

### RELIGIÓN DE ISRAEL

El término *παῖς* en los LXX: *Ignacio Carbajosa* ..... 111

Tipologías de filiación en Filón de Alejandría: *Cristina Termini* ..... 131

La filiación en Qumrán: entre el Antiguo y el Nuevo Testamento: *Florentino García Martínez* ..... 169

La filiación en el Targum: *Domingo Muñoz León* ..... 191

La filiación en los escritos rabínicos: *Miguel Pérez Fernández* ..... 221

### ORÍGENES DEL CRISTIANISMO

La filiación divina en la epístola a los Romanos 1, 3-4: *Juan Miguel Díaz Rodelas* ..... 237

El significado de *παῖς* en los Hechos de los Apóstoles: *Julián Carrón* . . . 255

*Παῖς* en los Padres Apostólicos: *Manuel Aroztegui Esnaola* ..... 281

La filiación en Clemente de Roma y en *El Pastor* de Hermas: *Philippe Henne* ..... 291

Jesucristo, Hijo del hombre e Hijo de Dios, según Ignacio de Antioquía: *Juan José Ayán Calvo* ..... 303

CONTENIDO

Las filiaciones basilidianas o el horror al vacío: <i>Michel Tardieu</i> . . . . .	337
Hombres y filiaciones en el pensamiento valentiniano: <i>Patricio de Navas-</i> <i>cués Benlloch</i> . . . . .	353
<i>Índice bíblico</i> . . . . .	371
<i>Índice onomástico</i> . . . . .	377

## LA FILIACIÓN EN CLEMENTE DE ROMA Y EN *EL PASTOR* DE HERMAS

*Philippe Henne*

Faculté de Théologie de Lille (Francia)

La carta de Clemente de Roma a los Corintios y *El Pastor* de Hermas tienen como principal punto en común el haber salido del mismo medio: los dos, redactados antes del 150, fueron compuestos en la comunidad cristiana de Roma. Pero, a primera vista, parece que ése sea su único denominador común. Todo parece separarlos: el estilo, el público al que se destina, el estatuto eclesiástico de su autor. Veremos ante todo que la preocupación inicial influencia profundamente la presentación de la imagen de Cristo. A continuación, trataremos de profundizar el fondo cultural y religioso propio de esta comunidad romana antes del año 150.

Comencemos por *El Pastor* de Hermas.

### I. *EL PASTOR* DE HERMAS

La primera cuestión que se plantea es la de saber qué lugar ocupa exactamente el Hijo de Dios en esta obra, pues este personaje, aunque central en la fe cristiana, aparece muy poco en el conjunto de *El Pastor*. Es necesario aguardar al final del tratado, es decir, a la Comparación novena, para que aparezca en persona. Antes es evocado. El ángel de la penitencia habla de él como del más venerable de los ángeles, al comienzo de *El Pastor*. Después, hacia la mitad del tratado, el mismo ángel de la penitencia dice que «el hijo es el espíritu»: lo hace en la Comparación quinta. Resulta sorprendente: ¿qué diferencia existe entonces entre la segunda y la tercera persona de la Trinidad?

Hay, pues, tres evocaciones del Hijo de Dios; cada una de ellas está situada en una parte precisa de la obra; evoca cada vez un aspecto muy diferente de la misma personalidad: el jefe de los ángeles, la naturaleza espiritual y la filiación divina.

Algunos no han dudado en hacer corresponder estas diferentes evocaciones a otras aparentes incoherencias. La obra se presenta formalmente como dividida en tres grandes partes: las Visiones, los Preceptos y las Parábolas. Esta estructura, sin embargo, parece más superficial que real. Las primeras Visiones presentan verdaderas escenas de revelación bajo la forma de espectáculos celestes cada vez más complejos y desarrollados. La Iglesia aparece en ellas personificada en una anciana señora que rejuvenece poco a poco. También es representada como una torre en construcción. Esta misma representación será utilizada hacia el final de *El Pastor*, en la Comparación novena. Estas dos escenas, no obstante, apenas aparecen coherentes la una con la otra. En la Visión tercera, hay siete mujeres que trabajan alrededor de la construcción; simbolizan diversas virtudes, como la fe, la continencia, la sencillez, la ciencia, la inocencia, la santidad, la caridad<sup>1</sup>. En la Comparación novena, son doce vírgenes las que están al pie de la construcción; ellas también simbolizan virtudes, pero no en el mismo orden: son la fe, la templanza, la fuerza, la paciencia, etc.<sup>2</sup>. A esto se suman otras aparentes incoherencias.

El problema se plantea, pues, con agudeza: ¿el lugar y función del Hijo de Dios corresponden, en *El Pastor* de Hermas, a un pensamiento estructurado, que abarca el conjunto de la obra, o no serán más que diferentes elementos autónomos agrupados por el azar de una última redacción?

Nuestra tesis, que hemos defendido ya en otros lugares, es que *El Pastor* de Hermas es una obra de iniciación y que esta formación se organiza en tres tiempos: un primer esbozo de los misterios celestes, a continuación una larga educación moral y finalmente una última y completa revelación. Si esta tesis es exacta, en ese caso las informaciones suministradas sobre el Hijo de Dios están no solamente organizadas según una catequesis progresiva sino que corresponden a una profundización del misterio, y consiguientemente nos instruyen sobre lo que es esencial en el Hijo de Dios.

Siguiendo paso a paso el hilo de estas revelaciones, podemos captar mejor lo que para esta primera comunidad cristiana era accesorio y lo que era central en el misterio del Hijo de Dios.

Después de haber recorrido este mismo camino de iniciación, plantearemos la cuestión de saber si también los cristianos participan de esta filiación divina, si su divinización les permite llegar a ser hijos de Dios. Nuestra exposición sobre *El Pastor* comprenderá, por tanto, tres partes: una justificación de nuestra tesis según la cual *El Pastor* es un relato de iniciación, un análisis de la cristología de Hermas y un estudio sobre la filiación de los cristianos.

1. Hermas, *El Pastor*, Visión III, 8.
2. *Ibid.*, Comparación IX, 13 y 14.

Comencemos por justificar nuestra tesis: *El Pastor* de Hermas es un relato de iniciación. Para ello querríamos aportar tres argumentos: la gradación de los guías espirituales, la reiteración de las explicaciones sobre la Iglesia y el paso de la situación inicial a la resolución.

Hermas se encuentra con diversos personajes celestes a lo largo del relato: todo comienza por Roda, esta señora de la que fue esclavo antes de adquirir la condición de liberto<sup>3</sup>; luego aparece una mujer anciana con vestidos resplandecientes que le trae el consuelo del cielo<sup>4</sup>; un joven bellísimo le mostrará después qué es la Iglesia<sup>5</sup>; ésta cambiará de apariencia; primeramente, muy anciana, adquirirá luego un aspecto más joven y finalmente aparecerá muy joven y bella; esto se explicará por la renovación de la comunidad de los cristianos: los que hacen penitencia son rejuvenecidos y reafirmados<sup>6</sup>.

En la Visión quinta es un hombre de apariencia gloriosa el que se aparece vestido de pastor<sup>7</sup>. Precisamente él dará el título de *El Pastor* al conjunto de la obra, pues acompañará a Hermas el resto de su vida. Precisa que ha sido enviado por el más venerable de los ángeles<sup>8</sup>. Al final del relato, en la Comparación octava, es el ángel glorioso del Señor, con una estatura enorme, el que está en pie junto a un sauce. Es Miguel. Éste examina el corazón de cada uno para ver si todos han observado adecuadamente la ley que les ha dado<sup>9</sup>. En la Comparación novena, es por fin el Hijo de Dios mismo el que aparece. Acumula diversas imágenes simbólicas: es a la vez la roca sobre la que está edificada la Iglesia, la puerta por la que todos los nuevos creyentes deben pasar para formar parte de la comunidad<sup>10</sup>. Es el dueño de la torre y, por ello, examina la calidad de cada piedra, es decir de cada cristiano. En la última Comparación aparece nuevamente el Hijo de Dios. Da entonces las últimas recomendaciones.

Los personajes con los que Hermas se encuentra son, por lo tanto, de dignidad creciente: primeramente un ser humano (Roda), luego un ser espiritual (la Iglesia, el ángel de la penitencia, Miguel), y finalmente el Hijo de Dios mismo.

Esta diferencia de dignidad se hace visible por la estatura y el entorno. Si Hermas no dice nada sobre la estatura de los primeros personajes, señala que Miguel es de un tamaño enorme<sup>11</sup>, pero el Hijo de Dios sobrepasa la torre<sup>12</sup>.

3. *Ibid.*, Visión I, 1.
4. *Ibid.*, Visión I, 2-4 y Visión II, 1-3.
5. *Ibid.*, Visión II, 4.
6. *Ibid.*, Visión III, 10-13.
7. *Ibid.*, Visión V, 1.
8. *Ibid.*, Visión V, 2.
9. *Ibid.*, Comparación VIII, 3, 3.
10. *Ibid.*, Comparación IX, 12.
11. *Ibid.*, Comparación VIII, 1, 2.
12. *Ibid.*, Comparación X, 6, 1.

A ello se añade el hecho de que éste último nunca aparece solo. Está rodeado de ángeles gloriosos<sup>13</sup> y se traslada con el pastor y las vírgenes<sup>14</sup>. Ningún otro personaje en *El Pastor* goza del privilegio de estar así rodeado.

Esta gradación creciente en la dignidad de las apariciones corresponde a un enriquecimiento en el mensaje revelado. Tomemos dos ejemplos: la Iglesia y sus cimientos.

La Iglesia es presentada bajo dos aspectos diferentes. En la Visión tercera, se trata de la comunidad contemporánea tal como el observador la puede ver: hay fieles y clero<sup>15</sup>. Más tarde, en la Comparación novena, después de una larga catequesis, Hermas es capaz de comprender que la Iglesia es también un pueblo cargado de historia y que se remonta a las primeras generaciones<sup>16</sup>.

En la tercera Visión, la Iglesia es construida sobre el agua que simboliza el bautismo<sup>17</sup>. En la Comparación novena, la visión se enriquece con otros elementos. La torre no está simplemente construida sobre el agua. Está además erigida sobre una roca antigua en la que se ha horadado una puerta reciente. Como ya hemos señalado, estos nuevos elementos alegóricos simbolizan al Hijo de Dios. A esto se añaden las diez montañas de las que son extraídas las piedras utilizadas para la construcción: son las «doce tribus que se reparten el mundo entero»<sup>18</sup>. El personal que trabaja en la construcción está más jerarquizado en la Comparación novena. En la Visión tercera había dos categorías; al final de la obra están las vírgenes que recogen las piedras transportadas y las colocan en el edificio.

Todo esto nos permite suponer, por tanto, que *El Pastor* de Hermas es una obra de iniciación y que, en consecuencia, es necesario no solamente estudiar lo que se nos dice sobre el Hijo de Dios sino que es igualmente necesario tener en cuenta el lugar en el que estas informaciones nos son transmitidas.

Veamos, pues, la Comparación décima, es decir el último capítulo. En él no solamente aparece el Hijo de Dios sino que además habla y enseña. Es necesario reconocer que su enseñanza es un poco decepcionante. No dice nada nuevo ni nada originalísimo. Resume las instrucciones precedentes y recomienda ponerlas en práctica. «Persevera en tu misión, llévala a buen término; todos los que pongan en práctica los preceptos del pastor obtendrán la vida»<sup>19</sup>. «Haced buenas obras todos los que ha-

13. *Ibid.*, Comparación IX, 12, 8.

14. *Ibid.*, Comparación X, 4, 5.

15. *Ibid.*, Visión III, 5, 1.

16. *Ibid.*, Comparación IX, 15, 4.

17. *Ibid.*, Visión III, 11, 5.

18. *Ibid.*, Comparación IX, 17, 1.

19. *Ibid.*, Comparación X, 2, 4.

béis recibido los preceptos del Señor, no vaya a ser que la construcción de la torre se acabe mientras que tardáis en hacerlas»<sup>20</sup>.

Lo más interesante y desconcertante es el apelativo utilizado. Cuando el Hijo de Dios aparece, es presentado bajo esta forma: «el ángel que me había confiado al pastor»<sup>21</sup>. Al final de toda esta iniciación, la mejor manera de presentar al Hijo de Dios no es hablar de su naturaleza o de su persona sino de su función en el cielo. Él gobierna a los ángeles. Hay que reseñar que de la misma manera había sido presentado la primera vez, cuando el ángel de la penitencia, el pastor, se apareció a Hermas en la Visión quinta. Las primeras palabras de este mentor justifican su misión. El pastor no dice quién es ni cómo se llama sino que se presenta como «enviado por el ángel venerable»<sup>22</sup>. Notemos, pues, que tanto al comienzo como al fin de la iniciación la manera más clara de hablar del Hijo de Dios es describir una de sus acciones.

Esto no carece de importancia. Lo muestra como jefe de los ángeles. Dios Padre no es descrito de esta manera. Su acción se concentra en la creación sobre la que vela sin que se precise su intervención. Tal es el contenido del mensaje transmitido desde el Mandamiento primero, célebre por su afirmación de la creación *ex nihilo*: «Lo primero de todo: cree que no hay más que un único Dios, que ha creado y organizado todo, que ha hecho pasar todo de la nada al ser, que contiene todo y no es contenido por nada»<sup>23</sup>. Este Dios es infinitamente trascendente y lejano.

El Hijo es el que gobierna a los ángeles. Esta prerrogativa permite indudablemente evitar otra ambigüedad: la de haberse enviado a sí mismo. El Hijo de Dios no lo dice nunca. Por otro lado, no precisa la función desempeñada por su Padre en su misión. Ciertamente es signo revelador de una gran dificultad. El autor no sabe probablemente cómo situar al Hijo y su acción en la historia de la salvación. Afirmar que ha sido enviado sería correr el riesgo de situarlo al mismo rango de los ángeles. Agustín abordará esta cuestión en su tratado *Sobre la Trinidad* y precisará que ser enviado no significa ser inferior.

Justino de Naplús conocerá las mismas dificultades para hablar de las personas divinas. Utilizará las mismas categorías que Hermas para distinguirlos. Dios Padre es el que está en el origen de la creación<sup>24</sup>; el otro dios es su enviado y su servidor: «Es a la vez dios y ángel, enviado de junto al Padre»<sup>25</sup>. Hermas evita esta categoría de enviado y de servidor al hablar del Hijo de Dios, pero conserva la de ángel. Éste es un ser espiritual: he aquí lo que quiere decir el título de ángel que le es otor-

20. *Ibid.*, Comparación X, 4, 4.

21. *Ibid.*, Comparación X, 1, 1.

22. *Ibid.*, Visión V, 2.

23. *Ibid.*, Mandamiento I, 1.

24. *Diálogo con Trifón* 50, 1.

25. *Ibid.*, 126, 6.

gado. Es preciso aguardar a Tertuliano para distinguir en este título las dos dimensiones: de una parte, la de la naturaleza, y de la otra, la de la función.

*El Pastor* de Hermas utiliza el título de ángel para el Hijo, pero a menudo lo acompaña de adjetivos superlativos, como el más venerable<sup>26</sup>, o con adjetivos elogiosos, como glorioso<sup>27</sup>.

La dificultad es, pues, manifiesta en todos los niveles. Incluso al fin de una larga iniciación, Hermas no puede hablar del Hijo de Dios más que como el que envía a otros ángeles para velar por los humanos. Igualmente, cuando trata de definir este personaje celeste, el autor de *El Pastor* no puede más que utilizar una categoría que sigue siendo muy ambigua: la del ángel. Dentro del mundo celeste, hay que preservar dos ideas fundamentales: la de un Dios único, concebido como infinitamente trascendente e incluso inaccesible, y la idea de un ser particular, distinto de los otros seres celestes, los ángeles, que él gobierna y a los que da órdenes.

Se trata de definir su lugar entre este Dios lejano y las criaturas. El simple hecho de colocarlo en la Comparación décima como última revelación, lo sitúa en la cima de la jerarquía celeste. Pero el autor de *El Pastor* es más hábil al describir la actividad salvífica del Hijo de Dios que al precisar su relación con el Dios Creador. Es toda la diferencia entre la décima y la novena Comparación.

Esta Comparación novena, penúltima parte de *El Pastor*, impresiona por su amplitud. Ella sola constituye un cuarto de la obra. Pone en escena múltiples elementos alegóricos: las montañas, las vírgenes, la torre. Introduce incluso una escena de sesgo erótico<sup>28</sup>. Sobre todo, la pesada insistencia sobre la única intercesión del Hijo de Dios centra la atención del lector sobre esta Comparación novena.

El Hijo de Dios es la única roca sobre la que se edifica la torre de la Iglesia. Es igualmente la única puerta por la que deben pasar los bautizados. Los lectores han tenido siempre muchas dificultades para representarse este movimiento acrobático de introducir piedras por el interior de la roca para colocarlas a continuación sobre ésta, sabiendo que una puerta permite el acceso a la cavidad horadada en esta monumental piedra. Los Padres Apostólicos apenas se asustaban por tales inverosimilitudes: Ignacio de Antioquía había dado pruebas de una similar fantasía al hablar de la Trinidad bajo la forma de una grúa en una construcción.

Lo más importante, por encima de la incoherencia real de la imagen, es que el autor de *El Pastor* quiere insistir sobre el único acceso a la vida eterna. Esto vale tanto para los hombres como para los ángeles<sup>29</sup> y para

26. Hermas, *El Pastor*, Visión V, 2.

27. *Ibid.*, Comparación VII.

28. *Ibid.*, Comparación IX, 11.

29. *Ibid.*, Comparación IX, 12, 8.

los muertos. Esta idea ni se explica ni se justifica; simplemente se afirma. Es una convicción profunda; el Hijo de Dios es el único camino de salvación. Notemos que el autor de *El Pastor* intenta hacer cohabitar la eternidad del Hijo de Dios con su contemporaneidad: nacido antes de la creación, ha aparecido recientemente para traer la salvación. He aquí por lo que la roca es antigua y la puerta es reciente<sup>30</sup>.

La única pista de reflexión que se abre a un intento de explicación es una vez más la autoridad del Hijo de Dios: es el dueño de la torre. Su venida es aguardada. Se hace necesario una interrupción de los trabajos, como para marcar mejor su importancia. Esta llegada se describe con los elementos apocalípticos tradicionales: una muchedumbre numerosa rodea al personaje central cuya estatura sobrepasa la altura de la torre<sup>31</sup>. Así como ordena a los ángeles, así también juzga a las almas humanas. Él examina la calidad de cada una de las piedras y decide su suerte. Ciertamente, en la Comparación octava, el ángel Miguel realizaba la misma función, pero lo hacía para verificar cómo los creyentes ponían en práctica la obediencia a la ley. Pero ésta, la ley, es explícitamente identificada con «el Hijo de Dios anunciado hasta los confines de la tierra»<sup>32</sup>. Por tanto es a la vez el juez y la referencia del juicio.

Otro aspecto que se debe señalar en esta Comparación novena es una posible apertura hacia la divinización o la filiación de los creyentes. Se precisa que las vírgenes que colaboran en la edificación de la torre son las potencias del Hijo de Dios. Éste lleva el nombre de estas vírgenes<sup>33</sup>. Esto quiere decir que las virtudes dadas a los nuevos creyentes después de su bautismo son las mismas que animan al Hijo de Dios. Los bautizados, pues, participan en el mismo dinamismo y en la misma vida moral que el Hijo de Dios. La vida cristiana es, por tanto, una invitación no sólo a imitar desde el exterior la vida virtuosa del Salvador sino también, y quizás sobre todo, a recibir y desarrollar esta fuerza moral. Se comprende mejor la larga enseñanza dispensada en los Mandamientos, donde se trata de desarrollar sin cesar ciertas actitudes morales como la fe, el temor y la continencia<sup>34</sup>. Estas virtudes están igualmente simbolizadas por las vírgenes de la Comparación novena<sup>35</sup>. Existe, por tanto, una unión íntima posible en este dinamismo moral entre el Hijo de Dios y los creyentes. Hay ahí una reflexión abierta sobre la filiación divina de los hombres.

La Comparación novena evoca al Hijo de Dios en su acción salvífica. La Comparación quinta parece dibujar más su personalidad. Esta Comparación es célebre por la explicación compleja de la parábola del

30. *Ibid.*, Comparación IX, 12.

31. *Ibid.*, Comparación IX, 6, 1; 12, 8.

32. *Ibid.*, Comparación VIII, 3, 2.

33. *Ibid.*, Comparación IX, 13, 2. 3.

34. *Ibid.*, Mandamiento I, VI-VIII.

35. *Ibid.*, Comparación IX, 15.

siervo abnegado. Nosotros hemos intentado resolver esta dificultad distinguiendo diferentes niveles de interpretación. El relato mismo es doble. Narra dos veces la misma cosa. Un esclavo abnegado hace mucho más de lo que le pide su dueño. Estas afortunadas iniciativas le valen el ser liberado y tener parte en la herencia. La intriga se desarrolla en dos momentos, lo que provoca una repetición de la recompensa y una explicación embarullada: el hijo y los amigos del dueño «estuvieron más de acuerdo en que el esclavo llegase a ser coheredero del hijo del dueño»<sup>36</sup>. Esta redundancia está causada por la necesidad de introducir varios elementos en la narración para poder desarrollar las tres interpretaciones siguientes.

Ofrece primeramente una enseñanza sobre el ayuno junto, como buena obra supererogatoria, al don a los pobres de la cantidad ahorrada<sup>37</sup>. Viene luego la doctrina cristológica<sup>38</sup>, que se desarrolla en dos etapas: primeramente las acciones salvíficas del esclavo y luego la justificación del título de esclavo para designar al Hijo de Dios en el relato. La tercera explicación aborda la cuestión de la salvación del alma y del cuerpo para el género humano<sup>39</sup>.

Nosotros no vamos a retomar la explicación completa de esta Comparación, sino que limitaremos nuestro propósito al tema de la filiación.

En contra de las apariencias, la enseñanza de la Comparación quinta sobre el Padre y el Hijo corresponde a la ofrecida por la Comparación novena. Dios Padre es el Creador, es «el que ha creado todas las cosas, las ha organizado y les ha dado la fuerza»<sup>40</sup>. Esta acción es precisada un poco después: Dios «ha creado a su pueblo y lo ha confiado a su Hijo»<sup>41</sup>. Esta precisión es característica de la teología en *El Pastor*: Dios está en el origen de todo pero no interviene en la vida de los hombres; su Hijo es el encargado de este trabajo de proximidad. Esta obra salvífica es triple: comienza por la instalación de los ángeles guardianes junto a cada creyente, se prosigue por el perdón de los pecados y acaba con la transmisión de la ley<sup>42</sup>.

También aquí se afirma la autoridad del Hijo sobre los ángeles. La pasión y la muerte del Redentor son evocadas con rapidez. La relación entre el Hijo y la ley se afirma: el Hijo da a los creyentes la ley que él mismo ha recibido del Padre. Todo esto transcurre en un cuadro muy legalista.

Cada personaje ocupa una posición bien establecida, reconocida y admitida, que el autor de *El Pastor* no trata de justificar ni de explicar.

36. *Ibid.*, Comparación V, 2, 11.

37. *Ibid.*, Comparación V, 3.

38. *Ibid.*, Comparación V, 5-6, 3.

39. *Ibid.*, Comparación V, 6, 4-8.

40. *Ibid.*, Comparación V, 5, 2.

41. *Ibid.*, Comparación V, 6, 2.

42. *Ibid.*, Comparación V, 6, 2. 3.

Se evidencia una sociedad muy estructurada. En la cima está el Padre, en el origen de todo, pero lejano e inaccesible. Le sigue el Hijo que está en contacto directo con los hombres y los ángeles. Sirve de correa de transmisión entre el Padre y la creación. Por él es dada la ley. Por él son los hombres juzgados. En torno a él, pero sometidos a su autoridad, encontramos a los amigos y consejeros que simbolizan los ángeles que fueron creados los primeros.

Esta corte celeste corresponde de hecho al entorno del emperador en la Antigüedad latina. Los «amigos augustos» eran los personajes admitidos a formar el entorno habitual del príncipe. En un sentido amplio, designaban a los invitados ordinarios del soberano. La única diferencia es la precisión que aporta sobre la presencia del hijo. El autor de *El Pastor* proyecta sobre la jerarquía celeste la estructura antigua de la corte imperial añadiendo al hijo.

Esta concepción jurídica aparece en un curioso pasaje. En la Visión segunda se aborda el tema de la gran prueba final y del fin de los tiempos. «El Señor lo ha jurado por su Hijo: los que renieguen de su Señor serán rechazados de su vida»<sup>43</sup>. La referencia es en este caso bíblica. En el Antiguo Testamento, Dios jura por Él mismo (Gn 22, 16; Am 6, 8; Is 45, 23). Tomar a uno como testigo en un juramento es reconocerle una autoridad real, pues esta persona podrá intervenir e incluso castigar si el juramento no se mantiene. En este contexto un tanto solemne, es reconocida la igualdad de naturaleza entre el Padre y el Hijo.

La situación es muy distinta en Clemente de Roma. Es preciso decir que el contexto es muy diferente. Si *El Pastor* tiene como horizonte la iniciación personal, la carta a los Corintios habla de la disciplina comunitaria. Los cristianos a que se dirige habían expulsado a algunos de sus responsables religiosos. La comunidad de Roma reacciona por medio de Clemente, pero no envía una simple amonestación: es una larga reflexión sobre la vida comunitaria. Clemente estigmatiza la envidia, fuente de toda discordia. Exalta la humildad, virtud principal de toda vida cristiana.

En este contexto de moral práctica es evocado Cristo. Es fácil imaginar que el Hijo de Dios será mostrado como un ejemplo de humildad<sup>44</sup> y como el único verdadero Sumo Sacerdote<sup>45</sup>. Los títulos utilizados para designarlo son reveladores de esta doble preocupación. La expresión Nuestro Señor Jesucristo va casi siempre acompañada de la preposición *διὰ*<sup>46</sup>. Esto muestra ampliamente la intervención de Cristo en la obra de la salvación. La trascendencia divina de este intermediario no queda en

43. *Ibid.*, Visión II, 2, 8.

44. Clemente de Roma, *Carta a los corintios* 16 (en adelante citaremos este escrito como 1 Clem.).

45. 1 Clem. 36.

46. *Ibid.*, tit.; 20, 11; 42, 3; 44, 1; 50, 7; 59, 2.

el olvido. Aparece en el título Señor Jesucristo utilizado en particular en la recomendación a la humildad<sup>47</sup>.

La filiación divina de Cristo aparece con la misma discreción tanto en la Carta de Clemente como en *El Pastor* de Hermas. Es expresada, sin embargo, con términos diferentes y con una teología propia.

## II. CLEMENTE DE ROMA

Clemente utiliza una sola vez el término hijo (υἱός). Lo hace en 1 Clem. 36, 4. El autor presenta a Cristo como el único camino de salvación y, para probar su particular eficacia, subraya su trascendencia con respecto a los ángeles. El parentesco con la carta a los Hebreos es evidente. En la carta canónica, el autor inspirado construye la oposición entre el Hijo de Dios y los ángeles sobre tres comparaciones antitéticas que ponen de relieve la filiación divina de Cristo, la condición subordinada de los ángeles y la entronización de Cristo. Clemente ofrece una presentación más ligera. Comienza por recordar la condición servil de los ángeles, para oponer mejor el lugar eminente otorgado al Hijo de Dios. Esto es ilustrado por la cita del Salmo 2, 7-8. El título de hijo está pues sugerido por una referencia lejana a la carta a los Hebreos y por una cita próxima al Salmo. Frente a la ausencia casi completa del título de hijo en la carta a los Corintios, su uso aislado no parece que pueda explicarse más que por la presión de estos elementos redaccionales.

La filiación de Cristo no es, sin embargo, desconocida o rechazada por Clemente. Así, en 1 Clem. 7, 4, Clemente recuerda que la sangre de Cristo es preciosa para el Padre.

Esto nos permite señalar dos características teológicas de Clemente.

La carta a los Corintios comparte con *El Pastor* de Hermas la misma reticencia a hablar de la vida terrestre de Cristo y de su pasión. El tratado de iniciación se limita a una breve alusión en la Comparación quinta: «Él mismo (el Hijo) ha purificado sus pecados al precio de un gran trabajo y soportando grandes penas, pues nadie puede cavar una viña sin esfuerzo ni fatiga»<sup>48</sup>. La carta de Clemente habla en cuatro ocasiones de la sangre de Cristo con el fin de culpabilizar mejor a los corintios sediciosos. Esta reserva a hablar de la pasión de Cristo es tanto más sorprendente cuanto que en la misma época Ignacio de Antioquía insiste reiteradamente sobre la realidad carnal de la encarnación y de la resurrección.

Esto se podría explicar por los contextos diferentes. Ignacio reacciona contra los docetas. El ambiente romano quizás estaba aún demasiado marcado por los relatos mitológicos donde los héroes eran divinizados, como Hércules.

47. *Ibid.*, 16, 2; pero también 21, 6; 24, 1; 42, 1; 58, 2.

48. Hermas, *El Pastor*, Comparación V, 6, 2.

Hermas y Clemente se oponen en su empleo del título de hijo. El Pastor lo utiliza sin complejos. La carta a los Corintios lo evita. ¿Se explicaría esta diferencia por el público al que se dirige uno y otro escrito? La comunidad griega ya le había causado preocupaciones al apóstol Pablo. Algunos hablan incluso de corrientes gnósticas que habrían desgarrado al grupo de los cristianos. ¿Habría sido utilizado en este ambiente el título de hijo con un sentido herético? La falta de documentación hace que este tipo de hipótesis sea solamente una suposición.

El segundo término utilizado para hablar del Hijo de Dios es el célebre  $\pi\alpha\tilde{\iota}\varsigma$ . Su empleo es característico de la diferencia de nivel de lenguaje en la carta de Clemente. Ya sea en la gran oración final<sup>49</sup> o en las numerosas citas bíblicas, Clemente permanece fiel a los términos griegos antiguos. El adjetivo  $\tau\alpha\pi\epsilon\iota\nu\acute{o}\varsigma$  y el verbo  $\tau\alpha\pi\epsilon\iota\nu\acute{o}\omega$ , que quieren decir humilde y ser humilde, no son utilizados más que en referencia a la LXX o en la oración final<sup>50</sup>. Estos términos, peyorativos en el ambiente pagano, son sustituidos por el verbo  $\tau\alpha\pi\epsilon\iota\nu\omicron\phi\rho\nu\acute{\epsilon}\omega$ , usado en participio para hacer las veces del adjetivo inexistente<sup>51</sup>. Sucede lo mismo con la palabra  $\sigma\kappa\eta\pi\tau\rho\nu$ , que en una referencia a la LXX significa tribu<sup>52</sup> y en un pasaje más personal quiere decir cetro<sup>53</sup>.

Clemente, en la misma carta a los Corintios, es unas veces fiel al vocabulario heredado, otras veces más moderno en los pasajes personales. La gran oración final forma parte de la primera categoría y explica el empleo ya arcaico del título  $\pi\alpha\tilde{\iota}\varsigma$  para el Hijo de Dios<sup>54</sup>.

Aquí, como en *El Pastor* de Hermas, el título es atribuido sin explicación ni justificación. «Jesucristo es tu  $\pi\alpha\tilde{\iota}\varsigma$ »<sup>55</sup>: tal es la profesión de fe en la parte litúrgica de la carta a los Corintios.

49. 1 Clem. 59-64.

50. *Ibid.*, 18, 8. 17; 30, 2; 55, 6; 59, 3. 4.

51. *Ibid.*, 2, 1; 13, 1. 3; 16, 1. 2. 17; 17, 2; 19, 1; 30, 3; 38, 2; 48, 6; 62, 2.

52. *Ibid.*, 32, 2.

53. *Ibid.*, 16, 2.

54. *Ibid.*, 59, 2. 3. 4.

55. *Ibid.*, 59, 4.